

CAPITULO XXIV.

CAMINO DEL CALVARIO.

Efectivamente, apenas resultó nombrado Treviño general en jefe en nuestro cónclave, queriendo destruir la mala reputacion de apático que tenía en el Ejército, nos mandó poner en movimiento.

A Garcia de la Cadena se le confió el mando de toda ó la mayor parte de nuestra caballería, que segun se decía constaba de tres mil hombres, aunque á mi parecer solo pasaba un poco de los dos mil. Era lo mejor que allí teníamos. Todos nuestros soldados estaban bien montados y bien armados: los caballos eran escogidos y las armas se componian de Remingtons, de pistolas y sables. Una carga al sable de aquellos dos mil y pico de dragones, muy pocas masas de infantería hubieran podido contenerla. Los jefes principales que los mandaban eran: Garcia de la Cadena, Laing, Ignacio Mar-

tinez, Orellana, Charles Valdez, Andres Martinez y otros mas cuyo empuje y valor eran tambien muy conocidos.

El mando de la primera division compuesta de dos mil quinientos hombres de infantería y artillería, se dió al general Donato Guerra. El mando de la 2.^a compuesta de mil quinientos, se dió á Pedro Martinez y el de la tercera de mas de dos mil hombres á Naranjo. Se vé pues que el total de nuestra fuerza podia elevarse á ocho ó nueve mil hombres. Nuestra artillería no era brillante, pero en cambio contábamos con un buen golpe de caballería que tenía que darnos la victoria infaliblemente en el primer combate que tuviéramos á campo raso.

La moral de nuestras tropas era inmejorable, tanto por las victorias obtenidas anteriormente como por el estímulo que reinaba en todas ellas, pues ni las del Norte querian quedarse atras de las de Durango, ni éstas querian ceder un palmo á las aguerridas de Zacatecas. Tambien habia muchos soldados de S. Luis de los que habia reunido con tanta fortuna y audacia el general Ignacio Martinez, y ya se conoce en todo el pais el arrojo de los intrépidos potosinos.

Nuestro movimiento se hizo, dadas estas circunstancias, con el mayor entusiasmo creyendo unos que íbamos á dar el asalto á la plaza de S. Luis y otros á presentar batalla al grueso de las tropas del gobierno que segun se sabia estaban reuniéndose en S. Miguel Allende.

De cualquiera manera estábamos por nuestra parte

seguros de obtener el triunfo, pues aparte de contar ya con un ejército numeroso y regularmente disciplinado, teníamos por cierto que Escobedo, Antillon y otros jefes lerdistas estaban comprometidos á secundarnos. Ignorábamos la mala impresion que habia producido á los directores de aquel partido el plan de la Noria, en el cual impolíticamente se les daba de mano.

Era cierto que teníamos las protestas de su amistad y de su adhesion; que aunque de un modo encubierto habian protegido la revolucion; que sus comisionados Pascual Hernández, Lancaster Jones y otros habian dado á nuestros jefes plenas seguridades del curso de sus armas; pero tambien era verdad que tenian justicia para haberse resfriado con nosotros desde que el plan redactado por D. Justo Benitez les cerraba casi las puertas para ocupar un sitio en el nuevo poder que se estableciera. Así fué que no solo no nos secundaron como habian ofrecido, sino que antes bien Antillon y Escobedo, pusieron todos sus elementos militares á disposicion del gobierno. Así fué como Rocha al regresar de su expedicion de Oaxaca, en donde dejaba estampado su paso con las huellas de un triunfo costoso, se encontraba con un nuevo y organizado ejército que podia elevarse á cerca de siete mil hombres, sirviéndole de base unos tres mil de los mejores que formaban entónces la fuerza federal. Sobre todo, llevaba consigo unas treinta piezas de artillería, la mayor parte de grueso calibre, servidas por los más hábiles artilleros de la República. Es decir,

Rocha nos superaba en cañones, pero nosotros éramos mas fuertes en numero y en caballería. Por consiguiente nuestro encuentro iba á ser rudo, sangriento, reñido tal vez, pero no cabia duda en que nosotros íbamos á salir victoriosos.

Esta era la creencia general, contra la que no me abandonaba á mi el presentimiento de una derrota.

—Solo una cosa podria salvarnos, solia decir al general Martinez en medio de nuestras confianzas íntimas.

—¿Cual?

—Que apareciera entre nosotros, aunque fuera momentos antes del combate el general Diaz.

Una vez que salimos al camino empezamos á desviarnos de la direccion de S. Luis Potosí, comenzando á tomar rumbo para el interior. Unos decian que íbamos á favorecer el movimiento del Estado de Guanajuato, otros que íbamos á cortar á las tropas del gobierno para que no pudieran prestar auxilio á la plaza de S. Luis Potosí y otros finalmente que nos dirigiamos á la capital de la República dejando al enemigo á nuestra retaguardia, lo cual si bien demostraba audacia, hubiera sido muy peligroso y aventurado.

En todo caso, servia para moralizarnos la circunstancia de que el ejército del gobierno no se movia sobre nosotros, lo cual demostraba su impotencia. Era claro que no se consideraba fuerte para batirnos ó que se proponia mantenerse á la defensiva. En tal evento no necesitábamos mas que favorecer con nuestra presencia en el interior los intereses de la revolu-

cion que creíamos estaban rebosando en todas las entidades federativas.

Acaso se pensó en llevar á efecto la misma marcha que se verificó por García de la Cadena cuando el pronunciamiento de S. Luis y Zacatecas, yendo á ocupar las plazas de Guadalajara y Morelia, en donde contábamos con numerosos partidarios.

Los proyectos del general en jefe estaban sin embargo cubiertos con el espeso velo del sigilo. Cuando nos reuníamos el general Guerra, el general Martínez y yo, y nos preguntábamos lo que aquellas marchas singulares significaban, ninguno podía explicar lo que sucedía porque á nadie había confiado su plan el general en jefe. Lo probable era que no tuviera ninguno, sino que esperara á que le fuera marcado por los acontecimientos.

Su situación por lo demás, á pesar de las ventajas hasta allí obtenidas, no era de las más fáciles. Estaba en el centro del país con un ejército de ocho á nueve mil hombres, pero el gobierno tenía diseminados allí mismo veinte, de los cuales sin muchas dificultades podía reunir de diez á quince mil, en un punto dado. A donde quiera que fuéramos podía esperarnos ó seguirnos con una masa de hombres respetable. Si nuestro general en jefe retrocedía á sus posiciones, en donde tenía bien cubierta la retaguardia con los Estados del Norte y los de Zacatecas y Durango que eran completamente nuestros, se le echarían todos encima diciéndole que no era eso lo que se había esperado de su pericia militar. Además, él mismo sabía por expe-

riencia que una revolución que no avanza, que permanece estacionaria, que se limita á defenderse ó que vuelve al punto de su partida, debe considerarse perdida.

Si nuestro general en jefe seguía avanzando corría el riesgo de ser envuelto por tropas superiores que podían cortarle toda retirada, y aunque es cierto que cuando se combate siempre se lleva el espíritu de triunfar, un jefe previsor debe tener siempre su retaguardia cubierta, ya para retirarse en orden, ya para salvar algunos elementos en caso de un fracaso, ya para no introducir la desmoralización entre sus subordinados que siempre quieren tener, aun en el triunfo, una retirada segura.

Así fué como, cuando menos lo pensábamos é ignorando aun cuales eran los designios del general en jefe, nos vimos en la ciudad de Lagos.

Antes de llegar á esta población hubo algunas maniobras que nunca pude comprender. Fué destacado el general Naranjo con unos mil hombres de caballería, y después de dos días de ausencia, volvió á incorporárenos sin novedad. Parece que se tuvo por objeto dar un golpe á algún destacamento aislado, que no se descuidó tanto que no percibiera nuestro movimiento, recurriendo á la prudencia de ponerse fuera del alcance de nuestra valiente caballería.

El coronel D. Carlos Betancourt, comisario general de la División del general Donato Guerra, se había quedado en Zacatecas recogiendo dinero, vestuario y municiones que debía conducir en unos carros has-

ta incorporarse al Ejército. Recibió la orden de tomar el camino del Puerto de carretas, la comunicacion escrita por Benitez no iba en letra clara y entendió que debia tomar por la hacienda que se denomina el Puesto y este fatal equívoco dió por resultado que el enemigo lo alcanzara en Ojuelos derrotando la escolta que llevaba y quitándole los tres carros de que se componia el convoy. La noticia de este descalabro se dió por telégrafo al gobierno y se celebró con un repique á vuelo en la capital porque se le dió proporciones colosales, diciéndose que se habian aprehendido un millon de pesos y gran número de prisioneros. Betancourt se escapó á uña de caballo y fué repuesto en su empleo despues de sufrir un proceso, porque realmente no tuvo en el desgraciado suceso ninguna culpa.

En Lagos supimos ya de un modo seguro, porque llegamos á ver las avanzadas, que el gobierno habia destacado sobre nosotros el grueso de su ejército. Entónces se pensó en salir de la poblacion y presentar batalla al enemigo en una cuestecilla que hay en el camino de Leon, pero bien pronto se abandonó esta idea, creyéndose que en un caso desgraciado se perderian todos nuestros elementos de guerra estando tan léjos de los lugares en donde nuestros hombres pudieran ir á buscar un refugio seguro.

Entónces se dió la orden de marcha y salimos con un poco de desórden por el camino que lleva de Lagos para Aguascalientes. Aquello significó retirada y desde ese punto comenzó á marcarse el disgusto por la

desercion que habia en nuestras filas. Mientras que todos creian que de triunfo en triunfo íbamos á llegar á la capital de la República, ni un solo hombre se nos separaba, ni uno solo tampoco se atrevia á dudar del éxito de aquella campaña; pero desde que se notó que retrocediamos, todos empezaron á recelar de nuestra fuerza y ya comenzaron á propalarse las vacilaciones y á indicarse que no era hácia atras á donde debiamos ir á buscar al enemigo.

¿Por qué no habiamos ido á marchas forzadas si era presiso á impedir que las tropas del gobierno se reunieran entre Guanajato y S. Luis Potosi? ¿Por qué no nos habiamos apresurado á atacar la plaza última que contaba con una guarnicion débil y en donde con toda seguridad teniamos partidarios? ¿Por qué no íbamos á perseguir al enemigo con nuestros grandes elementos y lo íbamos á dejar que nos persiguiera á nosotros cambiando los papeles naturales?

Eran las preguntas que se dirigian unos á otros hasta los oficiales subalternos, empezando á criticarse con severidad la conducta inexplicable del general en jefe.

Todavía en Aguascalientes se reconocieron las llanuras inmediatas y mejor defendidas, para elegir las posiciones en que debia librarse la batalla, pero se encontró que el terreno no era apropiado y que de allí todavía no quedaba enteramente á cubierto una honrosa retirada.

Nuevo desaliento y nuevos rumores de desconfianza volvieron á dejarse oír luego que se dió la orden de se-

guir marchando para atrás con dirección otra vez hacia Zacatecas.

Varios jefes vinieron á verme entónces para que yo les propusiera á Benitez y á Treviño que ántes que arriesgar todo nuestro ejército en un combate bajo las condiciones de descenso en que nos encontrábamos, se dividieran nuestras fuerzas en cuatro ó cinco trozos para volver á reunirse mas tarde donde fuera mas conveniente. Donato Guerra podria dirigirse á Jalisco, Pedro Martinez iria á asediar á S. Luis Potosí, y Treviño y García de la Cadena se quedarían cuidando los Estados en donde ya teníamos nuestros gobiernos establecidos; pero les manifesté que era la persona menos á propósito para desempeñar tal comision, porque Treviño tenia formada mala idea de mi y aun se figuraria que era una hostilidad de mi parte para estorbarle la gloria de un próximo triunfo.

Supe que hubo quien le propusiera la segregacion y que el contestó asegurando que tenia completa certidumbre en que Rocha saldria derrotado con tal que le dejaran desarrollar las operaciones de la guerra con toda libertad.

Por todo el camino se fueron haciendo reconocimientos para escoger posiciones, pero no hubo ningunas que agradaran al general en jefe.

Estábamos ya á tres ó cuatro leguas de Zacatecas cuando alguien propuso á Treviño que se librara el combate á la salida de Guadalupe, por ser allí el terreno infranqueable y muy propio para dar una carga de caballería. Fueron mandados á hacer un reconoci-

miento Escudero, Peza, Pradillo y otros jefes, los cuales opinaron en favor de la idea. Habia de mas á mas una barranca en donde podia estar cubierta la caballería para salir á dar la carga decisiva en el momento oportuno.

Aquí nos sucedia lo mismo que cuando lo de Ovejo: no habia lugar que gustara al general en jefe sino cuando ya no se podia seguir adelante.

Treviño llegó y encontró mil inconvenientes al terreno para esperar á Rocha que venia picándonos la retaguardia, traia media jornada atras de nosotros y todos los dias se cambiaban tiroteos sus avanzadas con nuestras guerrillas.

Se dió la órden de penetrar á la plaza de Zacatecas para tomar allí posiciones, y hasta los mas desconocedores del arte de la guerra auguraron un término fatal á semejante determinacion, pues todos recordaban que siempre habian sucumbido anteriormente los que se habian propuesto defender á Zacatecas, teniéndose esto como una locura imperdonable.

El disgusto que produjo aquella medida fué general.